

LA NOVELA ESPAÑOLA ACTUAL

Por José María Martínez Cachero

Catedrático de «Literatura Española» (Moderna y Contemporánea) en la Universidad de Oviedo. «Visiting Professor» en las Universidades norteamericanas de Nashville («Vanderbilt») y Albuquerque (Nuevo Méjico). Autor de libros como *Las novelas de «Azorín»* y *La novela española entre 1936 y 1975*.



¿Qué alcance ha de darse al término *actual* de nuestro título? No, desde luego, el que se basara en una rigurosa estimación crítica y ofreciera como fruto de ella un conjunto de obras, breve sin duda, que, cualquiera fuese su época y estilo, conserven hoy alguna importante actualidad —digamos, vgr., *El Quijote* o *La Regenta*—. Entiéndese, distintamente, que, con criterio cronológico, el término *actual* conviene a lo hecho en tiempo recientísimo, esto es: los años que van de 1975 (muerte de Francisco Franco e instauración de la Monarquía) a 1981**, período histórico con caracteres peculiares bastante nítidos que acaso no lo sean tanto en las letras y, más reducidamente, en el ámbito de la Novela. Y es que en esos seis años no fueron, a lo que creo, ni muchos ni muy relevantes los cambios habidos, si se consideran como tales la aparición de autores de veras nuevos, o de nuevos asuntos y nuevos modos de hacer o, finalmente, la presencia de obras decisivas u obras-hito (aquéllas en torno a las cuales se articula un grupo o corriente y que pueden servir de referencia en un intento de periodización). Hubo durante ese tiempo, lo que resulta

* BAJO la rúbrica de «Ensayo» el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología, la Energía, y Europa. El tema desarrollado actualmente es el de la Literatura. En el número anterior se ha publicado *Literatura e ideología*, de Francisco Ynduráin, Catedrático de Lengua y Literatura Españolas, de la Universidad Complutense.

** Este trabajo fue escrito a principios de enero de 1982.

natural, cursos deficientes, ya que no en número de títulos publicados y de hechos ocurridos, sí en calidad e importancia de todo ello y hubo, igualmente, otros cursos que pueden reputarse de excelentes como ha sido, sin ir más lejos, 1981.

«Si el año pasado el panorama narrativo se cerraba bajo el signo de la discreción, este 1981 que termina lo hace señalado por la abundancia. Una abundancia que se muestra también en lo cualitativo. No sólo se han publicado muchas novelas, sino que, sobre todo, su calidad media ha resultado más que aceptable y hasta, en algunos casos, verdaderamente notable [...]. Buen año en el que hay para escoger y cuyos frutos alcanzan a todo el espectro cronológico de nuestros novelistas mejores» (1). Acaso la continuidad respecto de lo anterior inmediato sea la nota más destacable del período; con todo, es posible señalar diferencias, como el fin del exilio político y la supresión de la censura gubernativa, graves desgracias ambas, algo atenuadas ya en las postrimerías del régimen franquista.

Regresaron los narradores exiliados que aún no lo habían hecho (con la excepción de Sender) y así se facilitó e incrementó el conocimiento de su obra; pudo advertirse cómo en el conjunto de la misma, antaño magnificada por motivos extra-estéticos, no todo era novedad y excelencia según nos habían predicado algunos ocasionales propagandistas sino, como «hubiera sido lógico esperar», suma de «calidades muy diversas, desde lo excelente hasta lo deleznable, pues eran obras concretas, merecedoras de admiración, de estimación o de rechazo crítico, y no fulgurantes creaciones míticas» (2).

Puestas las cosas en claro o arrumbada tan necia mitología, lo que ahora cabe, frente al extinguido exilio, es su armónica integración en la historia crítica de la narrativa española posterior a la guerra civil, tal como lo ha intentado Ignacio Soldevila en su libro *La novela desde 1936* (aparecido en 1980); de otra parte, la necesidad casi imperiosa de que novelas tan estimables como *El diario de Hamlet García*, de Paulino Massip (fallecido en Méjico, 1963), publicada en 1945, sean editorialmente recuperadas para el público lector interesado. (La comparación entre lo que se hizo en el cultivo del género por la llamada España peregrina y lo hecho en la otra España se me antoja tarea menos aconsejable).

La supresión de la censura supone la práctica de la libertad, siempre beneficiosa si es inteligentemente utilizada. No existía ya razón legal alguna para perseguir la publicación de novelas, tal como sucedió con *Alrededor de un día de abril*, de Isaac Montero (libro secuestrado y proceso al autor), ni tampoco para tachar palabras y expresiones desenfadadas, situaciones escabrosas o digresiones políticamente heterodoxas; en cambio sería posible ya toda especie de asuntos y ahondar suficiente y satisfactoriamente en su desarrollo. Sea por falta de costumbre o, también, por incapacidad congénita, lo cierto es que semejante posibilidad liberadora apenas ha sido beneficiada; lo más frecuente parece ser la complacencia en lo trivial, en lo chabacano incluso, sin remontar apreciablemente el vuelo.

El erotismo extremado hasta la pornografía y la escatología constituyen para algunos escritores recurso temático o situacional dilecto, y así es dable encontrar textos como *La memoria cautiva*, de José Antonio Gabriel y Galán, habilidoso ejercicio de rememoración, obsesivamente presidida por el sexo, a cargo de un personaje masculino ejemplo de humana degradación, o como *La comunión de los atletas*, de Vicente Molina Foix, relato de una peripecia más bien anodina con varias atufadoras páginas dedicadas a la morosa presentación de lo que el autor denomina «imperio fecal». Lecturas no bien asimiladas —¿digamos Sade, Lawrence, Miller?— acaso sean el estímulo provocador de semejantes ocurrencias, a todas luces gratuitas o caprichosas.

El lector puede preguntarse acerca del efecto que de esta manera se pretende conseguir y, también, si estamos ante un empleo conveniente de la libertad lograda. Domingo García Sabell (3) ha precisado al respecto que «los relatos indígenas, al no poseer fondo filosófico o vital, o ambos a la vez, se nos aparecen como enrarecidos y sin densidad. La liviana textura muestra en filigrana el sedimento: ciertos vocablos fuertes y algunas escenas osadas. En definitiva, una noria que gira y no extrae agua. Todo es pequeño, aunque los dichos desmesurados proliferen. Cosa, por otra parte, bien hispánica ésta de quedarse en la desaforada exclamación y nada más que en la desaforada exclamación. En el fondo, pobreza. Se

aspira a grandes empresas y no se consigue apenas cosa alguna. A lo más, el imperio de lo sórdido.»

Dicha libertad permite ahora descubrir los entresijos de la pasada práctica censoria y añadir noticias curiosas, muy lamentables a menudo, a las ya conocidas. Mientras Manuel L. Abellán ofrece su trabajado libro *Censura y creación literaria en España (1939-1976)* al que, según creo, le sobra sectarismo político y le falta organización coherente y ahondamiento en el rico material informativo de que dispuso, el novelista Héctor Vázquez Azpiri publica en 1980 el texto completo de su novela corta *La navaja*, el cual ofrece tanto las páginas «que fueron arrebatadas por la censura» como aquéllas otras que el autor, víctima de la auto-censura, «desechó por miedo a que fuesen amputadas», en suma: unas ochenta páginas.

Desaparecida la censura con el régimen político que la imponía, **carece de sentido**, si es que en alguna ocasión lo tuvo, **el cultivo de la literatura (de la novela, en nuestro caso) como arma arrojadiza o de combate contra un estado de cosas que se reputa indeseable**; es claro que semejante despolitización ha de resultar un hecho positivo para la estética tras unos muy confusos años de signo contrario. Otra cosa puede ser la **aparición de un tema hasta ahora vedado: el régimen franquista** como sujeto narrativo, visto con talante crítico-irónico, posibilidad a que se acogen y torpemente desaprovechan obras como *Crónica y milagros* de Oscar Ferreiro, *Caudillo*, de Gabriel Plaza Molina, o *Fábula de la ciudad*, de Ramón Hernández. Tampoco resultaron muy felices otros dos libros que tienen como asunto peripecias reales o imaginadas de la guerra civil: *Sima Jinámar*, de José Luis Morales, novela-panfleto «insalvable» a juicio del crítico Darío Villanueva y *En el día de hoy*, de Jesús Torbado, muestra de historia ficción y premio «Planeta» correspondiente a 1976. Tal vez la proximidad temporal de los hechos y el prejuicio con el que arrancan los autores sean causa de tal fracaso estético. Tampoco las historias franquistas de Fernando Vizcaíno Casas, no menos apasionadas y burdas, son un dechado aunque sí un producto, muy vendido, de circunstancias.

Tiempo antes de noviembre de 1975 ya los narradores más valiosos del social-realismo, integrantes de lo que alguien llamó «la generación de la berza», habían iniciado el abandono de unos supuestos más ideológicos que

literarios, y ocasionales, para cultivar el género con más libertad e independencia; Luis Goytisolo —que durante estos años continuó y puso remate a su interesante ciclo novelesco (de cuatro novelas) *Antagonía*— o José Manuel Caballero Bonald —depurador lento y exigente de su trabajo, con sólo un título, *Toda la noche oyeron pasar pájaros*, premio «Ateneo de Sevilla» 1981— son ejemplo de acierto en la **renovación**.

Es en autores tan conscientes y dedicados como ambos donde cabe situar la **confianza respecto al futuro próximo de nuestra novelística; en ellos y en quienes se asemejan a ellos en comportamiento claro y riguroso**. Desde luego que esa confianza no puede apoyarse en la patraña, esparcida por algunos y creída a pies juntillas por gentes ingenuas, relativa a la existencia de obras geniales o casi, y encerradas bajo siete llaves por mor del régimen vigente, cuando no simplemente pensadas en la fantasía creadora. Llegó el ansiado momento, se abrieron todas las fronteras y semejante patraña quedó al descubierto; quienes entonces la habían dado por buena, declaran ahora su decepción. Tal es el caso de Juan Carlos Onetti que, entrevistado en abril de 1981 (4), confesaba: «Ha habido en España, en materia de literatura, una gran equivocación. Se pensó que en estos cuarenta años [del franquismo] la gente no podía publicar por la censura, y todos creíamos, o yo al menos, que había en los cajones, esperando, más de una obra genial. Se levantó el telón y ¿qué? ¿Dónde estaban esas obras? En ningún sitio.»

¿Siguen siendo los **premios** tan decisivos como lo fueron en la década de los 40 y los 50, o tan abundantes y a veces confusionarios como en años posteriores? El paso del tiempo suele traer consigo la normalidad después de la desorbitación, y así ha sucedido en este capítulo. Desaparecieron algunos premios, apenas hubo creación de otros por algún motivo relevantes; los descubrimientos de autores noveles y de obras considerables no llegaron a producirse en el caso de galardones que, como el «Nadal» y el «Planeta», se convocan para originales inéditos, en tanto que el Nacional de Literatura (que no se denomina como antaño «Miguel de Cervantes») corroboró, convocatoria tras convocatoria, el prestigio de autores como Carmen Martín Gaité, Jesús Fernández Santos o Gonzalo Torrente Ballester.

La obtención de un premio ¿continúa siendo la única forma a la mano del narrador desconocido para dejar de serlo y merecer la atención de editores y lectores?; el riesgo que supone premiar a un desconocido, ¿es misión primordial de estos certámenes? Estas y otras cuestiones serían abordadas por un grupo de críticos literarios (Andrés Amorós, Rafael Conte, Florencio Martínez Ruiz) y novelistas (Ángel María de Lera, Jesús Torbado) en debate que con el título *Los premios de novela y la literatura de consumo* se celebró en el Club Urbis, de Madrid, en marzo de 1981 y del que se obtuvo como consecuencia última que, pese a sus defectos y errores, son todavía «un sistema de promoción de lectores» y, también, «una ayuda a escritores y libreros», por lo cual deben ser estimados como «un mal necesario», aunque la buena literatura (como declaró Lera) surge siempre en virtud de su peso específico.

Me inclino a pensar (aunque no dispongo de estadísticas al efecto), que las novelas galardonadas en los premios de mayor popularidad son por lo general, y salvo que posean algún mordiente de naturaleza extra-estética, menos atendidas que lo fueron en su día algunas compañeras antecesoras; como quiera que se produjeron a veces casos fraudulentos o decepcionantes, a lo que debe añadirse el cansancio que ocasiona la repetición periódica del rito consabido y la aparición de nuevos y jóvenes lectores, no debe extrañar que esa recepción no sea ya tan masiva y entusiasta como antaño.

Algunas editoriales utilizan como **estrategia de mercado el lanzamiento de nuevas colecciones** a base de núcleos de novelistas, hartos revueltos a veces, donde unos nombres y unos títulos parecen apoyar a otros ante los lectores e incluso ante la crítica; suele tratarse de operaciones forzadas por las más diversas circunstancias. Así se produjo en el otoño de 1972 el lanzamiento «Planeta-Barral» (un conjunto de diez y siete autores), más espectacular que efectivo y que, por lo mismo, pasó con más pena que gloria sin que dejara de sí huella valiosa. A lo largo de 1981, dos editoriales madrileñas, «Cátedra» y «Alfaguara», presentaron sendas colecciones narrativas, dirigida una de ellas —«Nueva Ficción» (Alfaguara)— a los más jóvenes en edad y en obra, en tanto que su colega —«Novelas Cátedra»— ha ofrecido hasta el presente nombres más consagrados y maduros (Grosso, García Pavón,

Guerra Garrido, vgr.). En cualquier caso resulta encomiable la iniciativa estimuladora.

En el ámbito de la **crítica de actualidad** o inmediata se han producido con el paso de los años las naturales bajas e incorporaciones; es en los suplementos culturales y en las páginas literarias que ofrecen algunos periódicos y, también, en semanarios y en revistas de aparición más espaciada donde esos críticos firman sus comentarios valorativos. La situación general se parece sensiblemente, pese a tales cambios individuales, a la de años atrás, si acaso insistiéndose ahora en la dedicación del crítico a sólo un género literario, lo cual es un hecho positivo que no contrapesa, sin embargo, otros hechos más gravosos como la abundancia de novelas publicadas y la urgencia exigida a la crítica de actualidad.

Creo que, salvo excepciones, sigue haciéndose mucha literatura crítica de solapa, desde luego nada útil; salvo excepciones, igualmente, la crítica resulta benévola y concede sin empacho el *nihil obstat* a libros y autores que quizá no lo merezcan tanto. En lo que atañe a la llamada crítica universitaria, no urgida por la prisa que impone lo recién aparecido, tampoco limitada en la extensión de sus comentarios y jamás obligada a adoptar un carácter y tono divulgatorios, cabe decir que, dentro del período temporal acotado, continuó, tanto en España como en el hispanismo extranjero, ofreciendo muestras de atención hacia nuestra novelística más reciente, convertida en tema doctoral, a cuyo tratamiento son aplicadas en ocasiones metodologías novedosas y complejas, de uso no pertinente en el comentario periodístico.

Testimonios corroboradores de semejante atención fueron dos congresos acerca del tema, celebrados a lo largo de 1979: en la Universidad norteamericana de Yale (mes de abril) y en San Juan de Puerto Rico (mes de noviembre), con intervenciones extranjeras y españolas, de narradores y de críticos; la conclusión última de las ponencias y debates pudiera ser lo afirmado por el profesor Manuel Durán (en la primera de esas reuniones), según el cual «la novela en lengua española, uniendo la peninsular a la hispanoamericana, representa hoy, en número y calidad, una de las más destacadas del mundo».

¿Tiene el libro novelístico muchos lectores entre nosotros, actualmente? Dificil respuesta la de semejante pregun-

ta; para darla cabal habríamos de entrar en matizaciones como: edad y formación de los lectores, especies de novela, objetivo perseguido con la lectura, vgr. Creo indudable que, como ha sucedido siempre, nuestro lector más típico busca primordialmente su entretenimiento o diversión y por eso aquellos libros que ofrecen abundante peripecia externa y no demasiada complicación técnica, requintamiento expresivo y densidad conceptual suelen ser los mayoritariamente preferidos. Ciertas listas mensuales de libros más vendidos (ignoro hasta qué punto dignas de confianza) mostraban que, durante algunos de los años que nos ocupan, libros de asunto político, testimoniales y de memorias, nacidos casi siempre a favor de circunstancias efímeras y cargados de truculencia y sectarismo a veces, han primado en la atención de la masa lectora sobre el libro literario más o menos puro; pero semejante hecho, esperable por otra parte, creo que remite ya en frecuencia y aceptación.

* * * * *

Poco espacio de tiempo es el aquí considerado —sólo media docena de años, y no muy movidos literariamente— como para que sea posible determinar unas características literarias distintivas; nuestro repaso o balance se ha detenido hasta ahora en unos cuantos capítulos —premios, crítica, etc.— cuya realidad actual resulta bien semejante, globalmente hablando, a la pretérita. Tal vez ocurre otro tanto en los aspectos que siguen.

No cabe referirse ya al llamado «boom» de la narrativa hispanoamericana y a su influjo entre nosotros, sino como referencia a algo que fue, y bastante decisivo, a partir de 1962, año del premio «Biblioteca Breve» a *La ciudad y los perros*, del peruano Mario Vargas Llosa. El cuidado montaje editorial y también político de esta operación, junto a la excepcional valía de unos cuantos autores de diferentes promociones, fueron las causas de un éxito rotundo, pero al presente no existe ya el prurito de premiar novelas escritas por hispanoamericanos, de ponerlas por las nubes, hasta de imitarlas servilmente o, en indignada reacción, negarles el pan y la sal.

Han quedado los que merecían quedar y, simultáneamente, han hecho mutis por el foro aquellos otros que fueron sólo beneficiarios aprovechados del éxito ajeno. Algunos narradores de allá continúan residiendo en España

o publican aquí sus nuevos libros (caso de García Márquez: *Crónica de una muerte anunciada*, 1981, o de Vargas Llosa: *La guerra del fin del mundo*, 1981), o reciben el pingüe «Miguel de Cervantes» (como Alejo Carpentier, Jorge Luis Borges y Juan Carlos Onetti). Mucho menos fueron y nada dejaron tras su extinción montajes tan increíbles como el de los «narraluces» y el de los «narraguanches», poco más que flor de un día en los primeros años 70.

Era por entonces, y aun tiempo después, cuando **daba señales de vida, ni numerosas ni muy brillantes, un experimentalismo** con pretensiones renovadoras en el uso del lenguaje y en el manejo de la estructura narrativa, ofreciendo como resultado unas novelas que en razón de la escasa peripecia externa, la índole borrosa de sus más que problemáticos personajes, las no siempre atractivas divagaciones, las frecuentes y tal vez arbitrarias rupturas temporales, aparte la ausencia de las más elementales convenciones tipográficas, resultaban de lectura áspera y aburrida. No significan estas palabras más un rechazo sistemático de la experimentación, necesaria y lícita siempre para evitar la anquilosis y procurar el enriquecimiento del género, pero este camino de riesgo y aventura debe conducir a cosa muy distinta de la inanidad caprichosa y sin relieve.

Aunque todavía continúa la labor de algunos experimentadores, lo cierto es que el **género parece regresar hoy a su carácter más genuino y consabido: la narración de hechos, la presentación de personajes, la creación de un universo peculiar**, de acuerdo quizás con el postulado delibeano que pide «un hombre, un paisaje, una pasión», admitido por gentes de generaciones más jóvenes como el novelista José María Vaz de Soto para quien (lo sostiene el protagonista de su obra *Fabián*, 1977) «la esencia de la novela sigue siendo la narración» o el ensayista Sánchez Dragó, partidario de la novela capaz de «divertir, cautivar y conmover».

De contar cosas reales e imaginadas fue muestra en 1972 *La saga/fuga de J.B.*, si no la mejor novela de su autor sí la que le sacó de la injusta situación que venía padeciendo para convertirle en uno de los nombres máximos y reconocidos de la novela española de post-guerra. Más o menos por ese camino ha seguido Torrente Ballester en obras posteriores —*Fragmentos de Apocalipsis*, 1977, que corrobora de modo excelente lo antes apuntado de

«regreso a la más diáfana narratividad, a la pureza del relato apasionante y atractivo, lleno de figuras y situaciones extraordinarias» (según Darío Villanueva) (5), y *La isla de los jacintos cortados*, 1981—, firmes credenciales ambas de su maestría y de su entendimiento lúdico del arte de novelar.

Camilo José Cela, otro de esos nombres máximos, ha cumplido fielmente hasta ahora su aviso de 1973, según el cual *Oficio de tinieblas 5* era «el acta de defunción de mi maestría [como novelista]», si bien por medio de alguna entrevista pudo saberse que piensa volver al género con una novela provisionalmente titulada *Penúltima esclusa*. En el mismo sigue, con segura y pausada insistencia, Miguel Delibes, reinstalado ahora en ese su costumbrismo-realismo castellano y rural de excelente ley —lo prueban *El disputado voto del señor Cayo* (1979) y *Los santos inocentes* (1981)—. El olvidado Juan Antonio de Zunzunegui hizo acto de presencia en 1979 con *El don más hermoso*, un original «machacado» por la censura años atrás (en 1968, cuando «creí que las cosas habían cambiado, pero no»), muy revisado y modificado en la versión hecha pública, con prólogo de José María de Areilza. En tanto que Ramón J. Sender desde su residencia californiana de San Diego es algo así como el narrador que no cesa (6) en la tarea de escribir, incontinente o torrencial, —nada menos que tres novelas en 1979: *El superviviente*, *Adela y yo*, *La mirada inmóvil*—. Francisco Ayala, entre U.S.A. y España, conferencia, ensaya, colabora en la prensa diaria, pero diríase desinteresado por la novela. Gentes más jóvenes que los anteriormente citados como Jesús Fernández Santos y Carmen Martín Gaité, autores de varios libros aparecidos en este período y ganadores de diversos premios, ratifican y amplían de este modo el renombre que ya poseían.

Ha vuelto a producirse, aunque con diferente apariencia, un fenómeno también ocurrido tiempo atrás cuando unas cuantas mujeres novelistas obtenían los premios más famosos; la actual e importante **presencia femenina en nuestra novela** no sigue ese camino exactamente, si bien entre las integrantes del conjunto haya quien como Marina Mayoral ha sido muy galardonada. No constituyen estas escritoras grupo deliberado, ni se distinguen por el cultivo de unos específicos asuntos o de una peculiar tendencia, tal como sucedía en los años 40 y 50 con ciertas colegas bastante

proclives al tremendismo entonces vigente. Algunos críticos siguen atentamente el hecho y Andrés Amorós, uno de ellos, ofrecía en su artículo *Penúltimas novelistas* (ABC, nº 43 del suplemento «Sábado cultural»: 19-IX-1981, p. II) la nómina siguiente: Esther Tusquets, Montserrat Roig, Rosa Montero, Cristina Fernández Cubas, Carmen Riera, Elena de Santiago, Marina Mayoral, Soledad Puértolas, Lourdes Ortiz y Ana María Navales.

Junto a la revelación de este conjunto, unitario sólo en manos críticas, a la hora de señalar incorporaciones efectuadas y mantenidas dentro del período actual debería nombrarse a Ramón Ayerra, acaso demasiado fecundo (seis libros desde 1977: *La España imperial*, hasta 1981: *Los terroristas*), que parece bien dotado y poseedor de una expresión brillante y, a las veces, desgarrada a lo C. J. Cela.

Puesto que andamos a vueltas con nombres de autores vivos y activos se hace obligado recordar (entre otros fallecidos) a Alvaro Cunqueiro (28-II-1981), mucho tiempo arrinconado en su condición de escritor en gallego, pero más todavía por paladín de la independencia del escritor, al margen de modas y modos ocasionales, y celoso de su libertad imaginativa, dotes reconocidas y celebradas a su muerte o poco tiempo antes y no, desde luego, cuando nuestra literatura narrativa era víctima de la reducción empobrecedora debida al compromiso, el testimonio, la denuncia y el realismo social a flor de piel. Marginado, excluido fue Cunqueiro durante aquellas calendas; en la que fue su última entrevista ilustraba implícitamente su propio caso refiriéndose a lo sucedido en Francia con Jean Giono: «Dicen que Giono es de derechas, no está en el pandemonio parisiense de intelectuales y, por eso, aunque saben que es el más grande, lo marginan. Ese pandillerismo literario-político tiene en Francia caracteres peligrosos, como, por ejemplo, cuando el pandillerismo margina a un Giono» (7). Como Giono, o como en España José Pla y Lorenzo Villalonga, Cunqueiro, fantástico y docto, lúdico y estilista, se mantuvo fiel a sí mismo, gustosamente complacido en sus personajes y fabulaciones (original materia céltica la suya) porque como alguna vez confesara: «busco en la gran peripecia humana, tantas veces mágica aventura, tantas veces sueños espléndidos y mitos trágicos, la razón de continuar.»

* * * * *

Acaba de verse por dónde y cómo anduvo, más o menos, la novela española en estos últimos seis años, la novela de algún modo actual cuyos avatares no resultan muy nuevos o distintos respecto del pasado inmediato. Ni el comienzo de una década —los ochenta—, ni el establecimiento de una situación política diferente —la democracia— son motivo bastante para cambios literarios sorprendentes; la continuidad advertida en el ámbito narrativo resulta compatible con ambos hechos y sería necio quejarse por ello. Lo que importa es que sean aprovechadas por los interesados esas posibilidades recientemente abiertas y que la obra mal hecha, la politización enturbiadora, el fraude editorial, la miopía o el compadrazgo críticos vayan, contrariamente, perdiendo voz y espacio entre nosotros. Acaso por algún tiempo siga manteniéndose sin variaciones ostensibles ese «tono medio de alta calidad, pero sin altas cumbres que se destaquen», advertido por Delibes cuando iba a comenzar 1980; acaso haya que hacer de cara al próximo futuro lo que Alfonso Grosso aconsejaba por esas mismas fechas: «superar, por un lado, la mera escritura, que es un camino estéril y sin salida» y, por otro, «la impotencia que significa en una auténtica literatura la pornografía utilizada como único vehículo conductor del relato, pretendiendo sustituir la imaginación creadora y eludiendo los grandes temäs [....]». En la mano de nuestros novelistas queda la aventura.

NOTAS

(1) Luis Suñén, *Una excelente cosecha novelesca española*. («El País», nº 114 del suplemento «Libros»: 27-XII-1981, p. 5).

(2) Francisco Ayala, *La cuestionable literatura del exilio*. («Los Cuadernos del Norte», Oviedo, nº 8: VII-VIII-1981, p. 67).

(3) *La literatura del sexo*. (ABC, nº del 28-IX-1979, p. 3).

(4) Juan Carlos Onetti, *desapasionadamente*. (Entrevista de Blanca Berasategui en ABC, nº 27 del suplemento «Sábado cultural»: 25-IV-1981, p. IX).

(5) *La Novela*, colaboración en «El año literario español 1977». (M., Castalia, 1977, p. 26).

(6) Zunzunegui y Sender han fallecido en el curso de 1982. El primero, en Madrid, el 31 de mayo; el segundo, en San Diego, a 16 de enero. El brevísimo relato titulado *Una declaración imprudente* (en «Nueva Estafeta», febrero de 1982) fue la última publicación de Zunzunegui, «domador del lenguaje», que «rumiaba sin cesar argumentos y datos» (según le reuerda Areilza). Sender, cuyas cenizas fueron aventadas en el océano Pacífico, escribió hasta última hora y tuvo así ocasión de novelar el «chandrio» (desaguisado) del asalto al Congreso en Madrid el 23 de febrero de 1981.

(7) *Merlin. o el placer de ser Cunqueiro*, entrevista por Xavier Domingo. («Cambio 16», M., nº 484: 9-III-1981, p. 90).